



Revista de Fomento Social, 54 (1999), 161–176

# Las elecciones del 13 de junio: ¿Qué modelo de Democracia?

---

## Consejo de Redacción

---

*Cabría decir que las del 13 de junio pasado han sido «unas elecciones más». Entonces estaría de más también este comentario electoral. Quizás hubiera sido mejor centrar nuestra atención en asuntos tan graves como la guerra de Kosovo. Pero de ella se ha dicho ya casi todo...(1). ¿Por qué nos hemos decidido finalmente por las recientes elecciones? No tanto por los aspectos específicos de esta convocatoria –aunque no prescindiremos de comentar algunos– cuanto por algunas cuestiones de fondo que hemos querido reflejar en el título de este comentario: ¿qué modelo de democracia? Nuestro objetivo es, por consiguiente, reflexionar sobre el modelo hacia el que nuestra organización política parece*

---

(1) Véase en este mismo número las reflexiones de nuestro colaborador Juan Antonio Estrada, tituladas «Las contradicciones de Kosovo». Recomendamos también a nuestros lectores la lectura del texto editorial de nuestra revista hermana *Razón y Fe* de junio de 1999 con cuya valoración nos identificamos plenamente.

*encaminarse (2). Democrático, por supuesto. Pero dentro de la democracia hay diferentes modalidades, cuyos valores y cuya viabilidad no son equivalentes.*

*Con esa preocupación de fondo recorreremos los principales aspectos de todo el proceso electoral: el contexto, la campaña, los resultados y sus consecuencias.*

### **Introducción: lo que estaba en juego**

*Como es bien sabido, los ciudadanos españoles acudimos a las urnas ese domingo de junio para determinar con nuestro voto la composición de todos los ayuntamientos de España, de los parlamentos de la mayoría de las Comunidades Autónomas (todas menos Cataluña, País Vasco, Galicia y Andalucía) y de los 64 hombres y mujeres que habrán de representar a nuestros partidos políticos en el Parlamento europeo de Estrasburgo. También es conocido que las elecciones europeas se celebraban en esos mismos días en los 15 países de la Unión Europea. En esas elecciones, por tanto, lo que directamente estaba en juego eran los problemas municipales y autonómicos y la composición del Parlamento europeo. No se trataba en teoría de un «examen a Aznar» para comprobar si, según los ciudadanos, «España va bien»... Pero es inevitable que los resultados de estas elecciones se consideren también como una primera aproximación a lo que podría ocurrir en unas próximas elecciones generales. Y no han faltado opiniones de los líderes de los partidos insistiendo precisamente en esta idea.*

*Algunas novedades se daban en las tres convocatorias simultáneas, que conviene destacar, aunque no han estado muy presentes en la conciencia de los electores:*

◀ **Elecciones municipales.** *Como consecuencia del paquete de reformas legislativas que siguieron al llamado Pacto Local en abril del presente año, los nuevos ayuntamientos van a tener un marco institucional ligeramente distinto. Su rasgo más característico es el de una cierta «tendencia presidencialista»: aunque no se llega a que el alcalde sea automáticamente el cabeza de la lista más votada, se atribuye a éste una mayor autonomía frente al pleno, al cual le corresponde aprobar sólo las «grandes decisiones» (reglamento orgánico, presupuesto, ordenanzas fiscales, y diseño urbanístico global a través del PGOU).*

---

(2) Precisamente sobre las anteriores elecciones municipales reflexionábamos (a priori) en nuestro artículo editorial del nº 197, enero-marzo 1995, pp. 3-16.

◀ **Elecciones autonómicas.** *Se celebraban esta vez en un marco de homogeneización y diferenciación. La homogeneización deriva de los pactos locales de 1992, que está produciendo una elevación del techo competencial de las CCAA de vía lenta, que homogeneiza todo el mapa autonómico español. Simultáneamente, y como explicable contraste, se acentúan las tendencias a la «diferenciación» de las otras CCAA, especialmente las «históricas». Han sido una ocasión para ello los pactos firmados a raíz de las últimas elecciones generales, así como la situación política en el País Vasco y el «proceso de paz» allí iniciado.*

◀ **Elecciones al Parlamento europeo.** *En este caso el cambio es más difícil de comprender, aunque de gran trascendencia porque supone un avance sustancial en el largo camino hacia un sistema verdaderamente democrático en la Unión Europea. Según los Tratados fundacionales, el poder legislativo de la Unión Europea residía esencialmente en el Consejo de Ministros, el cual se encargaba del control de la Comisión, a la que correspondía el poder ejecutivo. Desde 1979, con la elección del Parlamento por sufragio universal, la «demanda democrática» se situó en el corazón del debate europeo, aunque dicho Parlamento apenas poseía competencias para tener un peso significativo. Ha sido el Tratado de Maastricht (1992) y, más aún, el de Amsterdam (que entró en vigor precisamente el 1 de mayo pasado) los que le han dado un poder creciente, acorde con su condición de órgano de verdadera representación democrática. En el modelo resultante se da una original cohabitación de dos cuerpos legislativos, el Consejo y el Parlamento. Pero el Parlamento ejerce esta función, no legislando en sentido estricto, sino filtrando los proyectos de ley y controlándolos. Por otra parte se reconoce a este órgano un poder de co-decisión (con el Consejo de Ministros) sobre numerosos temas, así como la aprobación del presupuesto y del nombramiento del Presidente de la Comisión; incluso pueden destituir a la Comisión europea si logran reunir dos tercios de los votos a favor de una moción de censura. El Parlamento se transforma así, paulatinamente, en un elemento determinante en el equilibrio de poderes como expresión de la voluntad democrática de los ciudadanos europeos.*

### **El contexto previo de estas elecciones**

*Estas elecciones se han celebrado en un **contexto nacional** muy diferente al que rodeó los anteriores comicios, marcados en 1995 por el declive del PSOE*

y el considerable deterioro del gobierno de Felipe González debido en buena parte a los sucesivos escándalos (los llamados casos FILESA, Roldán, Mariano Rubio, BOE...) y al grave problema del GAL, ciertamente muy instrumentalizado y rentabilizado por Aznar y su partido. Hoy la situación es diferente.

Algunos hechos que rodean significativamente estos comicios podrían ser: la dimisión de José Borrell como candidato a la Presidencia de Gobierno, pocas semanas antes del 13 de junio, que acentuó la crisis de liderazgo del principal partido de la oposición e hizo temer a los socialistas un posible descalabro electoral; algunas acusaciones de corrupción contra el PP, tan mal llevadas por el Gobierno, que ha caído en algunos de los mismos errores de los que acusó al PSOE; la situación política en el País Vasco, el incierto proceso de paz y los problemáticos pactos nacionalistas; la (auto)marginación de IU... Todo ello ha llevado a un ambiente preelectoral marcado por el triunfalismo del PP y por un cierto desconcierto en el PSOE...

**El contexto europeo**, inmediato a las elecciones, está marcado por tres hechos relevantes. Estos tres hechos suponen sendos retos para la construcción europea durante el periodo de la próxima legislatura.

◀ En el terreno económico y financiero, la consolidación de las instituciones de la unión monetaria. La debilidad del euro frente al dólar (una cura de humildad que choca contra las expectativas existentes a finales de 1998) se une a esa cierta imagen de perplejidad y escasa voluntad de actuación que caracterizan al Banco Central Europeo en los comienzos de su andadura.

◀ En el terreno institucional, la dimisión de la Comisión europea el 16 de marzo de este año. Era el precio que se exigía pagar a ésta por las irregularidades constatadas en su propia actividad. Y era también una manifestación del deseo por parte del Parlamento europeo de mostrar su creciente poder. El hecho, que puede considerarse como un paso en el reajuste entre las instituciones europeas y el equilibrio entre ellas, no debería llevar a la opinión pública a pensar que la Comisión es un nido de corrupción: porque la Comisión, esencial en el entramado organizativo de la Unión, se ha caracterizado en general por una intachable gestión libre de toda sospecha. Sin duda es mucho mayor el volumen de fraude o de aprovechamientos irregulares de los fondos comunitarios a escala nacional: el llamado «caso del lino» en España es un ejemplo flagrante de ello.

◀ El hecho más relevante de estos meses se ha dado en el ámbito de las

*relaciones exteriores. La participación en la guerra de Kosovo –con un papel subsidiario y subordinado a los Estados Unidos en lo militar, lo estratégico y lo diplomático– es una manifestación más de la debilidad de la Unión en los asuntos de Política Exterior y de Seguridad Común. Sin entrar en las consecuencias previsibles de lo que se ha presentado como una indudable «victoria» de la OTAN, la guerra ha servido para acelerar el nombramiento de «Señor PESC» en la persona de Javier Solana, una vez que abandone su cargo de Secretario General de la OTAN.*

### ¿Una campaña a «la americana»?

*En relación con el desarrollo de la campaña electoral cabe destacar tres aspectos relativos al mensaje electoral, a la inexistencia de debates públicos y a la inasistencia del gran público a los mítines; no son específicos de ella, pero, precisamente por su reiteración, suscitan serios interrogantes sobre cómo se entiende hoy la política:*

◀ **El mensaje electoral.** *Se ha basado en el ataque al adversario político, dejando casi completamente al margen la presentación de los programas. En ese ataque la objetividad ha brillado por su ausencia. Más recordaba a los recursos de la propaganda, y de la más vulgar, a la que el ciudadano está, por desgracia, tan acostumbrado. Y la reacción del elector era la misma que suele tener ante la propaganda publicitaria... Paradójicamente, quizás el único partido que parece haber centrado su campaña en los programas (IU) no ha salido precisamente muy bien parado...*

◀ **La inexistencia de debates públicos.** *Es una consecuencia de lo anterior, que prueba la desconfianza de la clase política en la capacidad de los programas y el contraste de ideas para la captación del electorado. Ello expresa y genera, a la vez, un creciente desinterés de la ciudadanía por los procesos electorales.*

◀ **La inasistencia del gran público a los mítines.** *Quedan ya lejos los tiempos de la transición, en que figuras legendarias –como Adolfo Suárez, Felipe González o Santiago Carrillo– llenaban estadios y plazas de toros y provocaban el entusiasmo de los asistentes. Hoy los actos electorales quedan para los incondicionales, mientras que la mayoría se desentiende de todo eso, mostrando una vez más su desinterés y apatía.*

*En resumen, la campaña es algo que el ciudadano soporta estoicamente. Al*

*término de la misma, cada uno emite su voto de una forma intuitiva y desinformada, dejándose llevar en todo caso de afinidades ideológicas... ¿Cambiaría mucho el sentido del voto de cada ciudadano si no hubiese campaña?*

*Lo más grave de todo esto es que se trata de algo conocido, permitido ¿y pretendido? por la clase política. Supone mantener al ciudadano lo más alejado posible de las cuestiones políticas, recurriendo a él sólo para lo imprescindible: el voto. La vía más racional para conseguir su voto sería la propuesta de un programa coherente. Pero esto exige introducir al ciudadano en un largo debate sobre cuestiones complejas, para las que se presupone que no tiene ni conocimientos ni tiempo. Entonces se opta por otra estrategia, que se apoya más en la lógica del mercado y en los recursos del marketing: lo que interesa es convencer al ciudadano para que dé su voto; pero eso no exige un debate a fondo de los programas; es más sencillo y eficaz ofrecer una imagen atractiva de un candidato capaz de atraer la atención del ciudadano. Los medios de comunicación se encargan de todo lo demás. Se llega así a esas parafernalias «circenses» que tienen su expresión más acabada en las campañas electorales de Estados Unidos, las cuales parecen ser cada vez más el paradigma de lo que se hace en Europa.*

*¿Es esta la mejor manera de fomentar una sociedad atenta a las cuestiones públicas y un ciudadano responsable más allá de la búsqueda de sus intereses privados? ¿Es esa la forma más adecuada de entender la democracia? ¿No estamos ante una democracia bajo mínimos, reducida a su ínfima expresión, que consistiría en legitimar al gobernante mediante la formalidad de un voto emitido de la forma más «descomprometida» posible?*

## **La participación**

*Si se comparan los datos de participación con los anteriores comicios del mismo género (siempre en las elecciones generales el porcentaje de participación es mayor), resulta que ésta aumentó respecto a las europeas de 1994 y cayó en torno a cinco puntos respecto a las municipales de 1995. Lo segundo puede interpretarse como una confirmación de la apatía creciente de los ciudadanos respecto a los procesos electorales. El aumento de participación en las europeas se explica quizás como un voto «de*

*inercia» por la participación en las municipales.*

*Esta coincidencia de convocatorias electorales, que ha estimulado por inercia el voto de los españoles para el Parlamento europeo, no es teóricamente deseable, pero es prácticamente inevitable como consecuencia del coste económico y psicológico de todo proceso electoral. No mezclar los procesos permitiría que los debates se separasen y las opciones se clarificasen en contextos claros y distintos. Al mezclarlos se provoca un detrimento del interés a medida que el ámbito electoral se aleja geográficamente del ciudadano. Un indicador que apoyaría esta tesis es la casi nula atención prestada por los candidatos a los temas europeos en la campaña: y era, sin embargo, en ese nivel donde las novedades eran más importantes, como ya quedó indicado más arriba.*

*La participación en las elecciones europeas merece algún comentario adicional, sobre todo si se compara con lo ocurrido en el conjunto de la Unión. Con escasas excepciones, los niveles de participación han sido bajísimos: la media se ha quedado en un 49,6%, seis puntos por debajo de 1994.*

*Con todo, hay algunas diferencias significativas entre países. En general, ha disminuido la participación en los países «contribuyentes netos» (desde el punto de vista de su aportación financiera a la UE), mientras que ha sido mayor en los países «receptores netos». Ha sido llamativamente baja—el 24%—en el Reino Unido (con la excepción de Irlanda del Norte): tal resultado no puede relacionarse sólo con el tradicional recelo de los británicos hacia las cuestiones europeas, sino que supone además un duro revés para los esfuerzos de Tony Blair para acelerar la integración en la Unión Europea. La participación no ha llegado a un tercio ni en los Países Bajos ni en Finlandia. En la mayoría ha oscilado entre el 40 y el 50%: es el caso de Alemania, Francia, Portugal y Austria. En Dinamarca, a pesar de ser un país considerado como euroescéptico, la participación ha sido similar a la media europea, algo más del 50%.*

*Estos índices tan bajos de participación—en todo caso superior a la de las elecciones al Congreso o a las presidenciales americanas—encierran una fuerte contradicción: ahora que se ha profundizado en la construcción europea y que se va a elegir precisamente a la institución que más competencias ha ganado en los últimas reformas, el ciudadano opta mayoritariamente por no pronunciarse. ¿Es que no le interesa el proyecto europeo? ¿Es que no conoce suficientemente el Parlamento Europeo ni las tareas que le corresponden? ¿Es que considera el proceso de construcción europea como algo lejano? ¿Es que*

*desconoce la posición de cada partido respecto a la Unión Europea? Para aumentar las contradicciones las encuestas muestran que una mayoría de los europeos exigen que la Unión Europea haga más: pero cuando se les pregunta cómo quieren que sea esta Europa, apenas el 50% de ellos se expresan. ¿Valdría como atenuante de este silencio el que la campaña estuviese oscurecida por los acontecimientos en Kosovo, que fueron el centro de interés de la opinión pública y los medios de comunicación en aquellas semanas?*

### **Los resultados: ¿bipartidismo creciente?**

*Como ha sido ya más que constatado, el hecho global más significativo es la victoria del PP en las tres confrontaciones. Pero las diferencias con el PSOE se han reducido en unos cinco puntos en las autonómicas y europeas, mientras que en la municipales se ha producido un empate técnico entre los dos grandes partidos. En las municipales el PP ha perdido casi medio millón de votos (algo menos del 1%), mientras que el PSOE ha ganado algo más de 450.000 (cerca del 3,5%). ¿Significa esto que el PSOE se recupera después de la crisis de 1995, de la que tan astutamente se aprovechó entonces el PP? Y si el PP se ha presentado a estos comicios con algunos buenos resultados en la política nacional, ¿puede interpretarse su débil caída como que el partido gobernante está ya tocando su techo electoral?*

*En todo caso, estos dos grandes partidos nacionales acaparan cada vez más el voto ciudadano. Este dato tampoco debe pasar desapercibido. En las municipales, el porcentaje de votos a favor del PP y del PSOE se ha aproximado ya al 70%, aumentando 2,55% respecto a las elecciones de 1995. Este resultado parece confirmar una creciente tendencia al bipartidismo imperfecto, no totalmente consolidado, pero puede entenderse también como una progresiva concentración en el «centro político» del electorado español—que coincide con lo que ocurre en Europa occidental—. Este centrismo sería la expresión—tanto en la Europa desarrollada como en España— del predominio de las clases medias, relativamente satisfechas, que no quieren revoluciones porque tienen mucho que perder y casi nada que ganar...*

*Estamos ante otro hecho importante de la evolución política en este final de siglo: el predominio de los partidos de centro, que buscan los votos en las demandas corporativas de los distintos grupos que componen esas clases*



*medias, más allá de las orientaciones ideológicas que los identificaron en el pasado. Por eso sus programas, cuando se conocen, resultan tan ambiguos y tan parecidos que llegan a desconcertar al electorado, hasta el punto de no encontrar en ellos motivos claros para optar por un partido o por otro. En estas condiciones no tiene nada de extraño que el voto se decida por cierta inercia del pasado o por vagas afinidades ideológicas o personalistas, sobre todo cuando la confianza en las promesas electorales cada vez está más debilitada entre los ciudadanos.*

*En este marco habría que situar la caída en picado de IU: los electores, a los que los logros de las sociedades desarrolladas han hecho por lo general tan pragmáticos y conservadores, aprecian poco las propuestas alternativas globales de Julio Anguita y huyen de lo que consideran falta de realismo (por ejemplo, su postura radicalmente anti-OTAN en la guerra de Kosovo).*

*Esto no elimina el protagonismo de IU en el puro juego de las matemáticas electorales. Porque el voto conjunto de los dos partidos principales de la izquierda (PSOE + IU) en las elecciones municipales, a pesar del descalabro de IU, sigue superando al conjunto formado por el PP + CiU + PNV en algo más de un punto. Esta diferencia se agranda considerablemente en los pequeños municipios y se atenúa en los grandes núcleos urbanos: pero en éstos, aunque sigue predominando el PP, lo hace con menos holgura que en los anteriores comicios. IU no ha ignorado esta posición estratégica suya, como se verá al hablar de pactos electorales, pero al precio de renunciar a algunas de sus posturas más radicales (o cubrirlas con el socorrido velo del silencio).*

*Los resultados obtenidos por los partidos nacionalistas, que tienen un papel tan determinante en España a pesar de sus escasas dimensiones globales, merecen también un comentario. Primer dato: los partidos nacionalistas que han intervenido en pactos con el PP (CiU y PNV) han experimentado un notable descenso. En cambio, el BNG, tan reacio a la política de pactos con el PP gallego, ha visto premiada su independencia con un incremento de su electorado superior al 45%. Curiosamente, sin embargo, el PA ha ganado, a pesar de su pacto con el PSOE en el gobierno andaluz, casi un 43% de los votos (aunque haya perdido mucha fuerza en su feudo más apetecido, Sevilla, donde antes había pactado con el PP). Por su parte, EH ha visto incrementados sus votos en más de un 50%, como muestra del posible reconocimiento por parte del electorado vasco de su aportación a la causa de la paz.*

*Tampoco deben ignorarse los más de 400.000 votos en blanco. Esa cifra, excepcionalmente alta, supone un voto de castigo a toda la clase política por parte de un electorado especialmente responsable que no se contenta con la simple abstención, siempre tan ambigua. Este dato apenas se menciona ni se interpreta. Pero ¿no merecería en una democracia madura que se tradujera en escaños vacíos?*

## **Los pactos postelectorales y el debate sobre su legitimidad**

*Dada la situación política española en general, y dados los resultados de las elecciones municipales en particular, llegó inevitablemente el momento de plantearse la posibilidad de los pactos postelectorales. Y llegó también, consecuentemente, el debate sobre su oportunidad y sobre su legitimidad. ¿Qué decir de ellos? Ni pueden ser excluidos de forma absoluta, ni se puede aceptar cualquier forma de pacto.*

*El dato de partida es que ninguna formación política ha obtenido en muchos municipios una mayoría suficiente para gobernar en solitario. En esos casos la negociación y el pacto siempre serán necesarios: bien sobre temas puntuales, cuando el partido que tiene la mayoría relativa se decide a gobernar en minoría, con una previsible y problemática inestabilidad; bien de forma global buscando una mayoría más estable, aunque un tanto artificial. Este segundo caso no es bien visto en general, ya que se considera el pacto como una traición al programa presentado y a los votantes que apoyaron ese programa. Pensamos, sin embargo, que esta postura es excesivamente simplista y no consecuente con la esencia misma de la política.*

*Vaya por delante nuestro reconocimiento de que, en sociedades tan plurales y políticamente tan fragmentadas como las nuestras, **los pactos son necesarios, legales y legítimos**. Los pactos son, justamente, la expresión del «arte de la política». Si la política es «el arte de lo posible», en ella predomina la búsqueda de formas viables de convivencia, construidas a través del diálogo y la negociación para encontrar modelos en el que se reconozca la mayor parte posible de la sociedad. Por otro lado, la necesidad de pactar tiene ventajas prácticas indudables: modera las actitudes de unos y otros, evitando que una mayoría prepotente ignore sistemáticamente todo lo que venga de la oposición; fuerza a los gobernantes a tener en cuenta intereses plurales, en una sociedad*

que es, se quiera o no, esencialmente plural; da a cada formación la posibilidad de aprovecharse legítimamente de los beneficios del poder a los que tienen derecho por haber obtenido un número determinado de votos.

Más aún, los pactos son especialmente adecuados en política municipal, donde las ideologías influyen menos e importa mucho más el acuerdo sobre cuestiones muy concretas y la capacidad de gestión. Sobre las características de un Plan General de Ordenación Urbana, por citar un ejemplo paradigmático de política municipal, cabe el consenso, la negociación, el acuerdo tras mutuas cesiones, porque se trata de problemas donde no suelen entrar en juego las cuestiones ideológicas de principio.

Y si venimos a los hechos de nuestra historia política reciente, ningún partido –desde luego no el PP– tiene legitimidad moral para condenar la política de pactos. Todos, sin excepción, la han practicado en uno y otro momento, ya fuera para constituir equipos municipales ya para lograr un gobierno estable para el Estado.

Sin embargo, ni esta práctica tan generalizada ni los principios que hemos enunciado antes justifican cualquier pacto. Aunque en sí mismos estén justificados **hay que cuestionar mucho la forma como se llega a ellos**, antes y después de la elecciones. Antes de las elecciones, en el transcurso de las campañas electorales, los pactos se excluyen porque el fervor «mitinero» sólo permite el ataque y la descalificación sin matices de los adversarios, sin prever la eventualidad de que con algunos de éstos haya que terminar negociando. Es lógico, entonces, que, cuando apenas realizado el recuento de votos, comienza a hablarse de pactos, el ciudadano se sienta engañado por unos políticos que hacen lo contrario de lo prometido y víctima de un verdadero fraude. ¿Por qué se niega a priori la legitimidad de los pactos?

Tampoco en la forma de negociar puede decirse que se observen siempre unos mínimos éticos. La conquista del poder, que es el objetivo inmediato de toda lucha política, no es el fin último de la misma ni justifica el recurso a cualquier medio. El reconocimiento de que pactar es una forma noble de hacer política, la capacidad para analizar objetivamente los problemas (sin refugiarse en «a priori» ideológicos, que sólo redundan en maximalismos), la transparencia de la negociación serían criterios ético-políticos que habrían de presidir toda negociación. Se incorporaría así una cierta dosis de utopía en el quehacer político, que compense el día a día de la política partidista, que siempre amenaza

*con degenerar en una lucha sucia por el poder y en los fenómenos de corrupción que todos conocemos.*

*La inevitabilidad de los pactos y la praxis reciente en nuestro país obligan también a reflexionar sobre el excesivo poder de los llamados «partidos bisagra»: en estos casos el poder real de estas fuerzas políticas en la negociación es incomparablemente superior al que le corresponde por los votos que la respaldan. ¿Es justo que esa circunstancia se emplee para obtener concesiones, que resultarían impensables si se pudiera actuar con un mínimo de objetividad? Una vez más el afán por conquistar el poder sin reparar en medios acaba por desprestigiar a los actores políticos.*

*En una palabra, el político se legitima, no cuando actúa irracionalmente en virtud de las puras matemáticas electorales (el sistema de «rodillo», que atropella a las minorías) o aprovechándose de circunstancias puramente coyunturales (el caso de los «partidos-bisagra»), sino cuando es capaz de mostrar su racionalidad y su capacidad de negociar, sabiendo buscar el equilibrio entre sus principios ideológicos y las posibilidades reales de construir proyectos viables para la convivencia.*

### **El «cansancio» de la política: pero ¿de qué política estamos «cansados»?**

*Es frecuente en estas ocasiones, y así lo han hecho no pocos comentarios, referirse al cansancio que parecen sentir los ciudadanos respecto a la democracia. No sólo han perdido el interés por la política, sino que llegan a experimentar cierto hastío de lo que ha llegado a ser la política. Este hecho es, sin duda, preocupante.*

*En efecto, a lo largo de este comentario hemos puesto de relieve muchas incongruencias observadas en torno a las recientes elecciones del 13 de junio. Ninguna de ellas se han dado por primera vez en esta convocatoria; el conjunto de todas ellas conforma un modo de hacer política que se va consolidando entre la clase política y en el electorado. Por identificarla de alguna manera, cabría ponerla en relación con un término que hoy nos es tan familiar como el del «Estado mínimo». También se empieza a hablar de «política mínima»: se trataría de reducir la política a lo mínimo.*

*Con esta expresión los neoliberales aludirían, por tanto, a un progresivo alejamiento de la política respecto a la sociedad, para dejarla en manos de los*

políticos profesionales; a la sociedad sólo se le pediría una intervención muy puntual, la mínima, pero suficiente para legitimar a dichos profesionales de la política; para ello los procesos electorales se plantearían simplemente como un problema de competencia en el mercado, donde los vendedores, en este caso los candidatos políticos, buscarían el voto sin apenas proponer programas ni entrar en el debate de los problemas para cuya gestión se pide la legitimación democrática; la conquista del voto se enfocaría como una estrategia del marketing más superficial («engañar al benévolo cliente»).

Los teóricos de orientación socialista o socialdemócrata postulan, en cambio, una forma de hacer política que conduzca a la «radicalización» de la democracia; así Lafontaine o Giddens, por citar a los más de moda... En la práctica, sin embargo, es cierto que también los socialistas europeos siguen la orientación liberal en política, al igual que hacen en economía (desregulación etc.), aunque quizás más por razones coyunturales que de principio.

No es de extrañar que esta orientación de la política nos deje más que insatisfechos. ¿Es de eso de lo que se dice que estamos cansados? No sería grave. Lo que sí resultaría grave, en cambio, es que ese cansancio se fuera convirtiendo en resignación, como si no hubiera otra forma de hacer política. La postura de muchos políticos y de algunos politólogos parece apoyar la idea de que no hay alternativa: porque, en una sociedad tan dominada por la lógica económica para hacer valer los intereses privados, ni la política se escapa a este dominio omnipresente. En último término, la política se reduce a la economía y funciona según una idéntica lógica.

Nosotros nos resistimos a aceptar este reduccionismo. Y no por un voluntarismo indomable, sino porque creemos que el análisis de la realidad política pone de manifiesto dimensiones específicas que hay que reconocer y potenciar. Reivindicamos otra forma de entender la política, no necesariamente acorde con las ideas liberales hoy dominantes.

Por tanto, el problema que subyace a todos los comentarios precedentes no es sólo el de la calidad de los políticos o de los ciudadanos: no es que los políticos de hoy sean más corruptos o los ciudadanos menos responsables. El problema se sitúa a otro nivel: el de las diferentes concepciones de la política que están en liza.

Nosotros apostaríamos por una recuperación de la política en su sentido más noble, sin resignarnos a esa democracia devaluada que se nos quiere presentar

*como la más funcional. Porque la política es una tarea colectiva, que pretende garantizar un marco global de convivencia para una sociedad rica en organizaciones y asociaciones y plural en cuanto a los intereses de quienes la componen (3).*

*Amenazada siempre de desprestigio—y especialmente en periodos electorales y postelectorales—, la política es una actividad fundamental. Su objetivo es hacer posible «la convivencia» de personas y grupos, de forma que cada ser humano reconozca en cualquier otro ser humano a su hermano y le trate como tal. La política está omnipresente: es como «el supervisor» de los diferentes sectores de la vida social (economía, vida familiar, cultura, medio ambiente), que permite que todos ellos funcionen según su propia autonomía. En este sentido está en todo, pero no lo es todo.*

*Para los que somos herederos de la tradición humanista cristiana, la política conlleva una serie de exigencias cuya vigencia desborda ya de alguna manera el ámbito de esa tradición en que nacieron. Hay que renovar la vigencia de principios tales como: la primacía de la dignidad de la persona humana; la atención especial concedida al pobre, al débil, al oprimido; el poder considerado como un servicio, no como un dominio; el respeto hacia el adversario, con su parte de verdad; la apertura hacia la universalidad, sobre todo mediante la superación de todo nacionalismo y racismo; el destino universal de los bienes y sus consecuencias para el reparto de los recursos disponibles, etc...*

*Este ideal de política no queda ni garantizado ni siquiera contemplado en una democracia puramente formal, como la descrita y cuestionada más arriba. En ella pesa demasiado el individualismo exacerbado —el de «cada uno a lo suyo»—, fruto de un liberalismo para el que las dimensiones colectivas o públicas de la sociedad no son más que la resultante del juego espontáneo de los intereses particulares.*

*En perspectiva cristiana, que en esto converge con otras líneas de pensamien-*

---

(3) Hacemos nuestras algunas reflexiones al respecto de los obispos franceses, en un reciente documento: Comisión social de la conferencia de los obispos de Francia. «Hacia una democracia de participación». 17 de febrero de 1999. Utilizamos la traducción castellana de Felicitá di Fidio aparecida en la revista Vida Nueva, nº 2.188, 5 de junio de 1999, pp. 23–29. Este texto se sitúa en continuidad con otros dos anteriores: «Para una práctica cristiana de la política» de 1972 y «Carta a los católicos franceses» de 1996.

*to moderno, el bien común es un principio capaz de movilizar la acción pública y la acción privada de la sociedad Y esto permite ya hablar del ideal de una democracia participativa. Esta se caracteriza, no tanto por una participación directa y continua en los asuntos públicos, cuanto por un talante que se traduce en comportamientos tales como: capacidad para conocer y reconocer al otro; preferir el debate a la pelea; fomentar el diálogo y el sentido del compromiso; hacer prevalecer la razón sobre la pasión; rechazar el uso de la violencia y de la mentira. Esta democracia, que se aprende con la práctica a lo largo de la vida y que termina inspirando toda la existencia, hace posible una comprensión de la política radicalmente diferente: no como una pura formalidad legitimadora del poder político, sino como un compromiso siempre activado con la sociedad y sus intereses generales.*

### **¿Qué esperar de los políticos recientemente elegidos?**

*A partir de ahora y durante varios años, los nuevos equipos que han asumido el poder en todos los ayuntamientos de España y en buena parte de sus comunidades autonómicas, así como los parlamentarios europeos en su sede de Estrasburgo, van a ponerse a trabajar. No les pedimos milagros. Les pedimos sólo dos cosas. Primero, simplemente que «hagan las cosas bien hechas»: que actúen con honestidad y transparencia. Segundo, que estimulen un modo de hacer política más participativo, que esperen de la sociedad (y fomenten en ella) algo más que un voto favorable, aunque desinformado, cuando lleguen las próximas elecciones. Probablemente si hacen suya la primera de nuestras peticiones estarán contribuyendo a hacer realidad la segunda.*

*Y les recordamos, para terminar, la responsabilidad que han asumido, haciendo nuestras unas palabras extraídas del documento que los obispos españoles publicaron antes de las elecciones:*

*«En la vida democrática, el ejercicio del voto es el principal instrumento del que disponen todos los ciudadanos para influir en la marcha de los asuntos públicos. Es un derecho que hay que ejercer con el mayor cuidado. Es verdad que no todo depende de los responsables políticos, pero de las personas elegidas dependen en buena parte la convivencia en paz y en el respeto mutuo, el bienestar y la calidad de vida de los ciudadanos, el funcionamiento de las instituciones y servicios, la defensa de los más desfavorecidos y la garantía de los derechos*

*fundamentales».*

*Y no es de las menores responsabilidades de los políticos activos –nos atrevemos a apostillar– el contribuir a una regeneración de la política que haga más humana y solidaria la convivencia en nuestras sociedades desarrolladas.*